



• La avenida Kalakaua, el mar y los hoteles.



• La famosa playa Waikiki, con una típica pila de multicolores tablas de surf.



Honolulu, paradigma del turismo

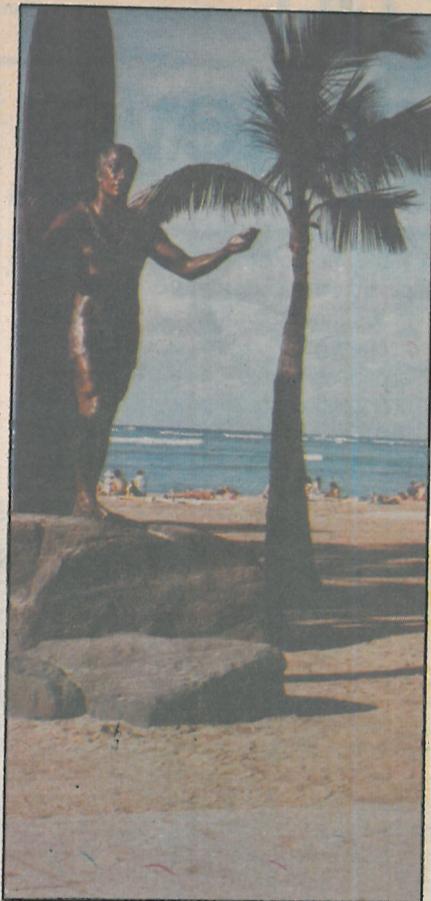
Por Patricio Rojas

La playa Waikiki de Honolulu, la capital de Hawai, es la meca turística por excelencia. Su calle principal, la avenida Kalakaua, tiene por un lado al Océano Pacífico y por el otro, en ángulo recto al mar, una concentración tan grande y densa de edificios altos que da la sensación de ser una especie de Nueva York trasplantado al trópico.

Son casi todos hoteles, con tiendas playeras en el primer piso y piscinas o canchas de tenis en el techo. Entre el segundo y el enésimo se hospedan los miles de turistas del mundo entero, que a veces han dedicado media vida a soñar con estar ahí. Se les ve pasear por Kalakaua, los hombres con camisetas alusivas y pantalones cortos, y las mujeres con los "muumuus" recién comprados. Suben por la acera de los hoteles, vitrineando y mirando dónde cenar. De vuelta bajan por la vereda del mar, sacándose fotos y admirando los cuerpos bronceados y atléticos de los isleños, que a veces llevan media vida soñando con irse a vivir a tierra firme.

Los "muumuus" los introdujeron los misioneros occidentales en el siglo diecinueve, con la no muy secreta intención de esconder las generosas curvas de las hawaianas. La pegajosa sensualidad de la isla, con su permanente olor a orquídeas y gardenias, y con sus playas de negra arena volcánica, y con su ubicua música indulgente, les debe haber parecido una invitación al pecado. Ahora las únicas isleñas que usan muumuus son las que trabajan en el turismo, y los prejuicios de los antiguos misioneros las tienen sin cuidado.

No todos los turistas son norteamericanos. El actual desequilibrio



• Estatua de Duke Kahanamoku, el famoso nadador hawaiano (campeón olímpico de 100 metros libre en 1912 y 1920) que le dio fama mundial al surf.

comercial con Japón ha sobrevalorado mucho al yen, por lo que para los japoneses Hawai es ahora un destino turístico tan accesible en lo geográfico como en lo económico. Y su presencia no pasa inadvertida. Unos dos tercios de los

restaurantes de Kalakaua, por ejemplo, tienen letreros y cartas en inglés y japonés. El tercio restante no se molesta en traducir; lo escriben todo simplemente en japonés, y ante la puerta de entrada instalan a una japonesa que, con kimono y sandalias de taco alto, señala con su abanico las réplicas plásticas de los platos que se ofrecen adentro. Los precios, eso sí, están en ambas monedas, y demuestran holgadamente que el típico turista japonés gasta tres veces más que el norteamericano.

La invasión japonesa se ve de distintas maneras según el punto de vista. A los norteamericanos residentes, al menos a los de la industria hotelera, les encanta.

Los consideran los turistas ideales; gastan mucho dinero y como no hablan inglés jamás se quejan. La impresión de los norteamericanos de tierra firme, sobre todo los de ciudades del interior, es distinta. Les molesta que haya tiendas y restaurantes en que no se puedan hacer entender en inglés, y más de una vez oí el chiste de que a este paso van a tener que aprender a hablar árabe, porque después de cada guerra los derrotados terminan mejor que los vencedores.

Yo creo que en cierto modo los japoneses de Hawai demuestran que su ventaja económica no será eterna. Su actual prosperidad la han construido trabajando sin parar y ahorrando muchísimo. Es común, por ejemplo, que los "asalariados" (profesionales de clase media) no salgan de vacaciones para no hacer bajar la producción, y que trabajen doce horas diarias. Pero los jóvenes japoneses que vi en Hawai no tienen la menor intención de vivir como sus padres. Gastan dinero a manos llenas, se visten a la última moda, arriendan convertibles rojos que conducen descubiertos y con gafas oscuras aunque

no haya sol, y en general tienen como meta la diversión, no la producción. Honolulu está tan volcado al turismo que lo más interesante que tiene son justamente los turistas. Pero para ver Hawai, hay que dejar la ciudad y dar una vuelta por la isla. El camino va bordeando el mar, que al verse liberado de los rompeolas de Waikiki se vuelve tan altanero que sólo los isleños se atreven a meterse. Es fácil entender por qué fue en Hawai donde surgió la idea del "surf" como deporte; en las playas más bravas, las olas alcanzan fácilmente los diez metros de altura. Uno las mira por unos segundos y se maravilla del poder de la naturaleza. Después distingue a contraluz las siluetas de los isleños, equilibrándose en sus tablas de surf sobre las crestas de las olas, y se maravilla de la tenacidad humana. Entre playa y playa uno va cruzando los verdes cerros polinésicos, tan acogedores comparados con las ásperas montañas andinas. A veces el verdor baja de los cerros y cubre el camino, dándole un techo de hiedras enredadas en palmeras. Como la isla es tan pequeña, uno nunca viaja más de veinte minutos sin toparse con un pueblo. Nos detuvimos a almorzar en uno de ellos, felices de que ni los letreros ni los precios fueran para japoneses. Pedí un "lau-lau", porque me gustó el nombre.

Resultó ser una especie de humita hawaiana, más interesante que sabrosa; arroz con atún, sazonado con hojas de té, envuelto en algas marinas y cocido al vapor. Fue buena experiencia, pero por suerte a la salida había un puesto de fruta, y nos desquitamos comiendo plátanos banana-manzana y fruta-pan. Pero así es Hawai; si uno renuncia a la seguridad de las giras envasadas y se arriesga a explorar, aun cuando la aventura le salga amarga siempre encontrará algo que le vuelva a dejar la dulzura del trópico en el paladar.